Arago.

ANGO,

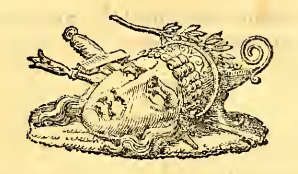
DRAMA

EN CINCO ACTOS,

DIVIDIDO EN SEIS CUADROS,

TRADUCIDO DEL FRANCES

Por D. Gaspar Fernando Coll.



MADRID:

EN LA IMPRENTA DE YENES,

CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

1839.

PERSONAGES.

ANGO.	MARINERO 1.º
FRANCISCO I.	IDEM 2.º
FURSTEMBERG.	OFICIAL DEL SANTO OFICIO.
LEONARDO DE VINCY.	HERALDO.
FLORENCIO.	UN NOTABLE.
MORIN.	UN UGIER.
MOUCHY.	TRABAJADOR 1.º
CLEMENTE MAROT.	IDEM 2.º
JUAN CALVINO.	DEPENDIENTE 1.º
ESTEBAN DOLET.	IDEM 2.º
AMBROSIO PARÉ.	FEDERICO.
EMBAJADOR DE PORTUGAL.	UN GRUMETE.
POSADERO.	MARÍA.

Un pregonero, marineros, pueblo, armadores, inquisidores, heraldos, caballeros, criados, guardias.

ACTO PRIMERO.

Preg. (*Antes de levantarse el telon.*) Mirad, parisienses, mirad. Esta es la nueva órden del santo Padre, refrendada por nuestro rey Francisco I. Mirad, parisienses, mirad.

CUADRO PRIMERO.

Una sala en la posada de las tres Coronas, en Paris; mesas, sillas, &c.—Encima de la puerta del foro un crucifijo, y en las paredes algunos carteles encabezados del modo siguiente: *Se prohibe comer carne en viernes y sábado.*

ESCENA PRIMERA.

Pregon. (*A lo lejos.*) Mirad, parisienses, mirad. (*Marot, Dolet, Calvino, Paré y otros protestantes estan sentados alrededor de una mesa.—En otra aparece sentado Furstemberg, y de pie á su lado el posadero.*)

Furst. (*Al posadero.*) No seria fácil calcular hasta qué punto se alegraría el Rey, y hasta qué punto se entristeceria el santo Padre, si los platos de tu cocina estuvieran hoy envenenados.

Posad. Y por qué?

Furst. Ves aquellos que estan sentados en la última mesa?... Todos son hereges, todos son enemigos del altar y del trono.

Posad. (*Santiguándose.*) Jesus, María y José.

Fusrt. El doctor Calvino ocupa el asiento privilegiado, el que le sigue es el médico Paré, el mas gordo el poeta Marot, y el que sigue á este el impresor Dolet. Ignoro el nombre de los demas, aunque bastan los dichos para que sepas que en este momento se hallan reunidos en tu casa los contrarios mas acérrimos de la cristiandad.

Posad. Quemaré la mesa.... luego que se les haya servido.

Furst. Ah! dime; ¿vino una jóven esta mañana, y con ella un hombre bastante original en su trage, y que lleva el pelo largo, como en tiempo de Luis XII?

Posad. No los he visto.

Dol. Empecemos por estender una esposicion contra la nueva órden. Posadero, recado de escribir.

Posad. (*A Furstemberg.*) Esos herejotes no beben otra cosa que tinta, ni comen mas que papel. Asi estan ellos de rollizos!

Mar. (*Al posadero.*) Y vino.

Preg. (*Muy lejos.*) Mirad, parisienses, mirad.

Paré. Buen Papa y buen Rey tenemos por cierto! Prohibirnos comer carne en viernes y en sábado, bajo pena de la vida!

Dol. Y mandar destruir mis prensas porque imprimí la Biblia en frances!

Mar. Peor anatema ha recaido en mis obras, que no pueden serlo ni en francés, ni en latin, desde que por real órden nada se imprime en el reino! Bien podemos los poetas buscarnos la vida por otro lado!

Dol. Imposible parece que un rey que hace versos haya firmado una órden contra la imprenta!

Mar. Nada mas justo, si fuese esclusiva para los versos del rey. Los miro con tanto desprecio, como el vino de Argentenil. (*Risas estrepitosas.*)

Furst. (*Al posadero.*) Oyes?... ¡qué modo de blasfemar!

Posad. No atiendo á su conversacion, por miedo de caer en pecado mortal.

Calv. Se han propuesto que el pueblo no salga de la ignorancia y que no reflexione. Tambien me ha interdicho el Pontífice, porque no quiero decir la misa en latin.

Mar. Como si no entendiera Dios el frances!

Calv. ¿Y qué importa la lengua, cuando ruega el corazon? A Dios se le puede adorar en frances, en griego, y hasta en chino, con tal que se le adore.

(*Marot llena todos los vasos, escepto el de Calvino.*)

Pero no olvidemos la esposicion, por el momentáneo placer de apurar los vasos.

Mar. Disimulad, reverendo padre; fue una distraccion. (*Llena el vaso de Calvino.*)
Calv. El licor de Baco, Marot, trastorna las imaginaciones mas privilegiadas (*Bebe haciendo gestos*); es el ópio del alma; unas veces la embota y adormece en una apatía mortal, y otras la estimula y trasporta hasta el delirio. (*Bebe haciendo gestos.*)
Mar. Opino como vos, reverendo padre. (*Llena su vaso.*)
Calv. Conteneos, porque el hombre es capaz de cometer toda clase de escesos despues de la libacion. (*Se apodera de la botella y llena su vaso.*)
Furst. Pues el predicador hace lo contrario de lo que dice.
Mar. El vino me haria arrostrar la muerte. (*Quita la botella á Calvino y llena su vaso.*)
Calv. ¿Veis lo que os decía?... Si al menos fuese grata al paladar esta bebida... pero es tan amarga... (*Despues de haber bebido.*) Puá!
Mar. Pasó ya el amargor, y con ese puá van diez y seis.
Dol. ¿Y la esposicion?
Calv. Creo mas conveniente que, en vez de perder el tiempo en escribir esposiciones y súplicas que nadie leerá, protestemos prácticamente comiendo carne.... aqui.... en público.... hoy mismo.
Mar. Es la mejor protesta.
Paré. Aprobado.
Todos. Sí.... sí.
Mar. Poseo un escudo; gastémosle alegremente. Posadero, una pierna de carnero.
Posad. (*Acercándose.*) Eh?
Mar. Que nos sirvas una pierna de carnero.
Posad. ¿Soy yo herege?
Mar. Eres posadero.
Posad. Os habeis figurado, acaso, que quiero colocar bonitamente mi alma en el infierno, y dar con mi cuerpo en la hoguera, sirviéndoos carne en viernes?... En viernes, carne no comerás. (*Risa general.*)
Mar. Nunca tomo nada al fiado; siempre pago contante.... Ahí va un escudo.
Posad. (*Tomándole.*) Ya.... pues.... tengo.... tengo.... un

pedacito.... poca cosa.... la pierna mas esquisita que en esta semana entró en la carnicería... Tierna como el rocío, y está á punto de comerse.... Si se guardase para mañana se echaria á perder.... La compré ayer que era jueves.... Supongo que no me condenaré.... ¿cargareis con todo el pecado?

Mar. Sí; solo los huesos quedarán en la mesa... Aguarda.... para que no se escandalice la policía, bueno será que ahogues el pecado en una gran fuente de potage.

Posad. (*Mira el escudo.*) Cuenta cabal! (*Lo guarda.*) Si los prendiesen, ahora que tengo el dinero en mi poder!... (*A Furstemberg.*) Son hereges rematados... No se les antoja comer carne, y delante de la órden recien publicada!... (*Señala los carteles de la pared.*)

Furst. Esa gente no conoce freno. (*Vase el posadero.*)

ESCENA II.

Dichos.—ANGO, *vestido de marinero.*—MARÍA.

Ango. (*Entrando con María.*) Sentémonos. (*Se sientan, y Furstemberg se levanta al reparar en ellos.* — *A María.*) Echate el velo.

Furst. ¡Hermosa es!... Ojos negros, talle esbelto.... asi le gustan!... Él tiene cara de pocos amigos.... asi le quiero!... Observemos.

ESCENA III.

Dichos.—*El* POSADERO *con un plato en la mano.*

Ango. ¿Quién sirve aqui?

Posad. Voy, señor.... (*Deja el plato en la mesa de los protestantes.*) Dios os perdone; vais á cargar con un pecado de siete libras. (*Va á la mesa de Ango.*) ¿Qué quereis?

Ango. Jamon.

Posad. Jamon!!

Ango. Tengo hambre.

Posad. (*A Furstemberg.*) Ese es otro pajarraco. (*Vase.*)

Furst. (Muger bonita.... marido herege.... presa para

el rey, y presa para la inquisicion!.... Tracé ya mi plan.)

ESCENA IV.

Dichos.—El POSADERO *con un plato en la mano.*

Ango. Vino.
Posad. ¿De qué clase?
Ango. Del mejor.
Posad. Es muy caro.
Ango. Tengo sed. (*Le da una moneda.*)
Posad. (Poca saliva gasta el amigo; pero su oro es de buen quilate.) ¿Mandais algo mas?
Ango. Que te quedes con la vuelta. (*Vase el posadero, y á poco rato vuelve con el vino.*)
Mar. (*Despues de haber trinchado la pierna.* Toma, Dolet, esta tajada, que tentaria al mismo Papa.
Dol. Se me ha quitado la gana.... aquel hombre que está alli sentado me parece sospechoso.... No come, y tiene clavados los ojos en el plato de sus vecinos.
Mar. Va, va; será algun poeta hambron.
Dol. Mas facha tiene de espía que de otra cosa. Puede que sea agente del presidente Mouchy.
Mar. Desterremos el miedo, y comamos á dos carrillos.
Calv. Es lo mas acertado.
Todos. Sí, sí.
Furst. Manos á la obra. (*Se acerca á Ango, y le da un golpecito en el hombro.*) Parece que hay apetito.
Ango. ¿Y qué os importa?
Furst. Oh!... Me intereso mas de lo que pensais en vuestra salud y en vuestra salvacion.... ¡Comer carne en viernes!
Ango. ¿Qué mas tiene comerla en viernes que en domingo? (Este hombre está loco!)
Furst. ¿No habeis leido la órden que esta mañana se publicó?
Ango. ¿Qué órden?
Furst. Luego ignorais que se ha prohibido comer carne en viernes y en sábado, bajo pena de ser ahorcado en este mundo, y condenado en el otro?
Ango. Solo el médico me obliga á mí á ayunar.
Furst. ¿Sois herege?

Ango. Soy marinero, y como todos los dias.

Furst. El interes que me habeis inspirado, me obliga á hablaros con franqueza.

Ango. Agradezco vuestro proceder. No conozco la órden de que me hablais, porque en Diepa cada cual come lo que le da la gana.

Furst. Ah!... sois de Diepa!

Ango. He venido á Paris con el objeto de hablar al rey....

Furst. (Lo sabia.)

Ango. De un asunto particular.

Furst. Ya.

Ango. Pero temo haber hecho el viage en balde.

Furst. ¿Y por qué?

Ango. El rey!!... ¿Quién sabe las veces que he salido á su encuentro?... Nunca me han permitido acercarme á él.

Furst. Pues yo me encargo de presentaros á S. M.

Ango. (*Levantándose.*)—Vos?

Furst. Cuando querais.

Ango. Lo mas pronto posible.

Furst. Hoy tal vez!

Ango. Tanto mejor.

Furst. Dadme las señas de vuestra casa y aguardadme en ella, que alli iré á avisaros cuando sepa la hora que S. M. señale para recibiros.

Ango. Plaza de Chatelet, número 11: preguntad por la habitacion de la señora de Estonteville, que es mi tia.

Furst. Vereis al rey, pero antes quiero daros un consejo.

Ango. Hablad.

Furst. Francisco I es muy enamorado, y muy linda vuestra esposa.... Que no la vea.

Ango. ¿Cómo sabeis que es linda?

Furst. (Zeloso.... bueno!) A no serlo, llevaria un velo mas espeso.

Ango. Os prometo que no la verá.

Furst. Lo he pensado mejor.... aguardadme aqui... Voy á ver si puede recibiros hoy S. M..... Al instante vuelvo con la contestacion. (*Vase Furstemberg.*)

ESCENA V.

Dichos, menos FURSTEMBERG.

Mar. Parece que es hombre de bien. Tiene una cara tan noble!
Dol. Respiremos; desapareció el espía.
Ango. Es muy amable.
María. Y muy cortés.
Ango. Por fin, no volveré á Diepa sin haber antes implorado y obtenido justicia.
María. Y yo veré al rey, la corte, los señores!.. Qué dicha!
Ango. Comamos.... comamos.

ESCENA VI.

Dichos.—Un OFICIAL.—SOLDADOS.—POSADERO.

Ofic. (*A un soldado que coloca á la puerta.*) Nadie salga.... Cuantos aqui se hallan quedan presos de órden del rey y del santo oficio. (*A los protestantes.*) Seguidme.
Dol. Bien dije que un espía de Mouchy nos estaba observando.
Ango. (*A María.*) No te asustes, María; nada tenemos que ver con eso.
Ofic. (Aquella es la muger que me han indicado.)
Mar. Dejémonos prender: veremos si se atreven á sentenciarnos.
Ofic. (*A Ango.*) ¿Qué aguardais? Levantaos.
Ango. Yo?
Ofic. Vos.
Ango. Y por qué?
Ofic. El santo tribunal os lo dirá.
Ango. Soy inocente; ningun crímen me remuerde la conciencia.
Ofic. Lo probareis delante del santo tribunal?
Ango. Qué santo tribunal?... Miradme bien.... Me tomareis por otro....
Ofic. No puedo entrar en esplicaciones; obedeced.

Maria. Yo no te abandono; te seguiré á todas partes.
Ofic.. Es imposible.
María. Infeliz de mí!
Ango. (*Al oficial.*) Escuchad: no es justo que abandone á mi esposa en medio de una ciudad que no conoce, en medio de unas calles que ignora. Permitidme que la acompañe á mi casa, aunque sea escoltado por vuestros soldados; luego os seguiré á la cárcel sin vacilar un momento.
Ofic. Se me ha prevenido que no desperdicie un instante. Vamos!
María. Qué será de mí, desventurada?
Ango. Un instante, tan solo un instante... aguardad... El posadero tal vez... (*Viendo á Furstemberg.*)— Acudid, acudid, caballero, en nuestro socorro.

ESCENA VII.

Dichos.—FURSTEMBERG.

Furst. (*Hace una seña al oficial.—A Ango.*) ¿En qué puedo serviros?
Ango. Me llevan preso.
Furst. A vos?
Ango. Sin duda por equivocacion.... Me separan de mi esposa... No tengo tiempo de deciros quién soy, ni de preguntaros vuestro nombre, ni cuál es vuestra clase. Me inspirais confianza, y correspondereis á ella.
Furst. Sí; me intereso en vuestra desgracia.
Ango. Acompañad, pues, á mi esposa, á casa de su tia. En nombre del honor, caballero, os confio lo que en mas estima tengo en el mundo, toda mi vida.
María. (*Arrojándose en sus brazos.*) Ango, querido Ango!
Ango. En vuestras manos pondria mi vida, mis bienes y hasta mi nombre, y tal vez no os maldeciria si todo lo perdiera; pero maldeciria á la que me dió el ser, si perdiese á este ángel, que es mi encanto, mi amor, mi felicidad.
Furst. Podeis estar tranquilo.
Ango. María, quizá no volveremos á vernos. Perdona... Mil temores me asaltan en este momento.... de todo

sospecho. (*Le toma la mano.*) Júrame por la prenda sagrada de nuestra union, por esa sortija que te dí el dia feliz de nuestro himeneo, que no me olvidarás cuando esté separado de tí: júrame que mientras vivas conservarás en tu corazon la memoria de Ango, tan fielmente como esa tortija en tu dedo; y si me matan, júrame tambien que volverás á Diepa, que participarás mi muerte á Florencio, que me llorarás con él, y que me vengareis los dos.

María. ¡Qué desgraciada soy!

Furst. (*A María.*) No tanto como pensais. (*A Ango.*) Acompañaré á vuestra esposa, y luego hablaré por vos á S. M. Resignáos!

María. No puedo separarme de tí!

Ango. No llores, María, no llores.... ¡Mira qué tranquilo estoy!.. Ningun peligro corro.... soy inocente... Veré al rey.... le diré mi nombre.... le revelaré el objeto de mi venida, la poderosa causa que me ha traido á Paris.... me pondrá en libertad, y yo volaré á tus brazos. (*A Furstemberg.*) Cuidad bien de ella. (*A María.*) Adios, adios. (*Al oficial.*) Marchemos.

CUADRO SEGUNDO.

Sala del tribunal colgada de negro.

ESCENA PRIMERA.

FURSTEMBERG *en trage de inquisidor.*

Todo sale á medida de mis deseos: la niña es coqueta, y á pretesto de pedir al rey el perdon para su marido, aceptó sin vacilar el convite para el baile que la ciudad da esta noche á Francisco I y al legado del Papa. El rey la ha visto, y le gusta: su marido

es un verdadero tigre, y nada perdonará; hoy le juzgaremos, y despues de que se le haya sentenciado, le manifestaré que su crímen consiste en la hermosura de su muger. Si se le imponen algunos años de prision, no será por eso menos sangrienta su venganza, nada perderá por esperar entre cadenas, y estallará casi al mismo tiempo que la ofensa, y tal vez mañana, si Augo recobra hoy la libertad.... Federico?

ESCENA II.

FEDERICO.—FURSTEMBERG.

Fed. Monseñor!

Furst. Esta noche á las siete tomarás una litera; irás á la plaza de Chatelet á buscar á María de Estonteville y á su tia, y las acompañarás al baile del rey. A las siete... oyes?

Fed. Sereis obedecido, Monseñor. (*Vase.*)

ESCENA III.

FURSTEMBERG.

Me vengaré.... Mira bien lo que haces, rey, que te apellidas el hijo primogénito de la Iglesia, y que en realidad no eres mas que el primer criado de la inquisicion: Rey que juzgas por la mañana la vida de los hombres, y que por la noche bailas con sus esposas, si quieres que esta vez quede impune tu criminal amor, sentencia á muerte á tu rival: Rey sin corazon, yo te detesto, y quisiera que como yo, te detestasen todos. Para esto me hice tu confidente, tu amigo y tu adulador: todos los dias te proporciono nuevos amores, y te empujo hácia nuevos peligros: todos los dias te presento mas tirano y mas odioso á tus vasallos: por do quier te tiendo lazos, pero el de hoy es fatal; te entregaré á la venganza de ese hombre que ayer mandé prender en tu nombre; y ya que no puedo herirte por mis propias manos, te precipitaré de adulterio en adulterio, hasta que te acuestes en un lecho nupcial sobre la punta de una espada. Disimulemos, aqui viene.

ESCENA IV.

FURSTEMBERG.—EL REY, *con traje de juez.*

Rey. Cuándo querrá Dios que acabemos con ese complot. Acusados hay á centenares, que en las cárceles esperan justicia.... Y yo estoy pronto á administrársela; pero Morin no habrá terminado aun el dictámen fiscal; y con su calma y reumatismo mucho será que podamos ir al baile antes de las diez de la noche.... Si no me engaño, tenemos que sentenciar hoy á unos doce hereges?

Furst. Juzgarlos seria muy pesado; pero sentenciarlos, es obra del momento.

Rey. Ya.... pero se reunirán tantas hermosuras esta noche en el baile, que por pronto que vayamos, siempre llegaremos tarde para verlas á todas.

Furst. (*Con misterio.*) Habrá una, señor, que seguramente olvidareis por ella á todas las demas.

Rey. ¿De quién hablais?

Furst. De la hermosa niña que visteis esta mañana en la iglesia de nuestra Señora.

Rey. Es la muger mas linda de mi reino: ¿vendrá al baile?

Furst. Sí, señor.

Rey. (*Con interes.*) Cómo lo sabeis?

Furst. Descubrí su domicilio.

Rey. (*Con viveza, haciendo un movimiento para quitarse la toga.*) Dónde vive?... Vamos á verla.

Furst. Os advierto, señor, que está casada.

Rey. Tanto mejor.

Furst. Y no podreis hablarla; su esposo la ha confiado á su anciana tia, que á mas de ser recelosa, es incorruptible.

Rey. ¡Hermosa y casada!... será víctima de los zelos. Es preciso arrebatarla del poder de tan ominoso yugo.

Furst. Mejor será seducirla antes; pues siempre nos queda el medio de recurrir á la fuerza.... Esta noche bailareis con ella.

Rey. Es noble?

Furst. Os gusta.... Ademas, que antes de convidarla, me he informado detenidamente; y tanto por su nacimiento, como por su hermosura, es digna de figurar en el sarao.... Tendré el honor de presentárosla.

Rey. Gracias, querido Furstemberg... Esas momias de jueces, parece que no tratan de dar señales de vida, merecen que se les destituya.... Los infelices acusados estarán aburridos de tanto esperar... Esta noche la veré en el baile....

Ugier. Audiencia!

Rey. (*A Furstemberg.*) Ya vienen.... Sentémonos.

ESCENA V.

Dichos.—EL CARDENAL DE TOURNON.—MONTMORENCY.—MOUCHY.—MORIN.—OFICIAL.—ARQUEROS *y* UGIERES. — (*Los* JUECES *saludan al Rey y toman asiento.*)

Rey. (*A los jueces.*) Deseo, señores, que no se prolonguen mucho los debates, y que cuanto antes juzguemos á los acusados.

Mor. (*Arreglando un lio enorme de papeles.*) Si precipitamos demasiado nuestro fallo, puede escaparse algun criminal á la justicia.

Mont. Me parece que lo mas sencillo será sentenciarlos á todos en masa.

Mor. (*Recorriendo los papeles.*) Lo apruebo. (*A un ugier.*) Que entren los acusados de la centésima série; los que se hallaban reunidos en la taberna de las tres Coronas.

Rey. Dadme la lista. (*Despues de haberla leido.*) Señores; pido al tribunal, que sea indulgente con Ambrosio Paré, porque es mi médico, y algunas veces estoy enfermo; y con Clemente Marot, porque los dos somos poetas, y se me acusaria tal vez de envidioso. La clemencia es el distintivo de los reyes. Os abandono los demas.

Mor. La justicia no debe renunciar á sus derechos; y si con respecto á unos se debilita, debe buscar en otros el desquite.

Rey. Ingenioso andais.... Pero no olvideis que hoy mismo quiero dejar concluido este negocio.

Mor. No oiremos las defensas, y acabaremos mas pronto. (*Los jueces se tapan la cara.*)

ESCENA VI.

Dichos.—CALVINO.—MAROT.—PARÉ.—DOLET.—FERON.—PARVI. (*Los acusados se sientan.*)

Mor. (*Levantándose y leyendo.*) Estéban Dolet, Juan Calvino, Clemente Marot, Feron y Parvi; se os acusa de haber infringido en la mañana del viernes último la bula de nuestro santo Padre, refrendada por nuestro señor Rey, en la que se prohibe comer carne en viernes y sábados á todos los cristianos. Ademas se encontró á Dolet una carta impresa, titulada *Cena Real y Papal*, que incita á desobedeeer y despreciar el gobierno temporal y espiritual, y que ridiculiza las personas sagradas del Papa y del Rey, designando á uno y otro bajo los motes de *Pantagruel* y *Gargantua*, y con los odiosos é infamatorios epitetos de *devoradores* y *gastrónomos*. Y se encontró igualmente á Calvino un proyecto de discurso mas que atentario á los derechos que la corona y la tiara dan al Rey y al Vicario de Jesucristo. La citada carta y el eitado diseurso han sido leidos por los unos y oidos por los otros; y pesa por consiguiente sobre todos el doble crímen de lesa magestad divina y humana: (*Volviéndose á los jueces con voz enérgica.*) Sí, señores; es un complot que los enemigos de la religion y de la monarquía han tramado, no solo en Franeia, sino en toda la Europa. Es un complot inaudito, un complot gigante que se ramifica universal é incesantemente; que estiende sus mil y mil brazos desde el Norte al Mediodia, y desde el Este al Oceidente, y que amenaza á la vez todas nuestras instituciones. Sí, la anarquía está en su eolmo, y el horizonte político y religioso se oscureee horriblemente.—Ningun derecho reeonoeen esos hombres perversos, que no sueñan mas que en trastornos, desórdenes y rebeliones. El respeto debido á las eosas mas santas, á los saeerdotes del Señor, á los nobles y hasta á los reyes, se debilita

de dia en dia, á consecuencia de las falsas doctrinas, que innovadores insolentes imbuyen en el pueblo por medio de esa infernal invencion llamada imprenta.— Jueces: á vosotros toca desenredar la complicacion de la crisis actual; á vosotros toca poner un dique á tan fuerte avenida. En vuestras manos está el hilo de este laberinto, y le rompereis de modo que nunca mas vuelva á enlazarse. La prensa ha sido para siempre prohibida en todo el reino; pero de nada sirve destruir el instrumento si subsiste la cabeza y los brazos que le daban movimiento. Guerra á muerte, pues, á los escritores y á los impresores; á esos demonios que los infiernos vomitaron contra la Francia, para sumergir la nave del estado en el abismo de las revoluciones.

Dolet. La imprenta es una llama que abrasa la mano que intenta apagarla.

Ugier. Silencio!

Rey. Léase el dictámen fiscal.

Mor. (*Con viveza.*) Vista la declaracion del señor Bonvivant, dueño de la posada de las tres Coronas, y otras pruebas que resultan de la instruccion del proceso, pedimos la hoguera para Estéban Dolet: que Juan Calvino sea desterrado para siempre del reino. Que lo sean igualmente de Paris Clemente Marot, Feron y Parvi, esceptuando tan solo de esta pena á Ambrosio Paré, en atencion á los buenos servicios que ha prestado al Rey en sus enfermedades. Y finalmente, pedimos que se imponga á los acusados la multa de diez mil escudos de oro, y que se les condene ademas en las costas del proceso.

Mar. Dignaos, oirnos, señores jueces.

Ugier. Silencio! (*Levántanse los jueces y forman circulo.*)

Mar. No permitir que nos defendamos..... Que justicia!

Dol. Francisco I me sentenciará á las llamas por un impreso.... ¿Y habrá todavía quien le llame el restaurador de las letras? (*Se sientan los jueces.*)

Mar. (Somos perdidos!) Protestamos contra tan inicuo proceder.

Ugier. Silencio!

Mor. Guardias, sacad á ese reo. (*Avanza el oficial hácia Marot, y este guarda silencio y se sienta.*)

Rey. (*Levantándose y leyendo.*) El tribunal, despues de haber deliberado detenidamente acerca de lo que arroja de sí el proceso, y oido el dictámen fiscal, sentencia por unanimidad á Esteban Dolet á ser quemado vivo: destierra para siempre del reino á Juan Calvino, y de Paris á Marot, Feron y Parvi, absolviendo de todo cargo á Ambrosio Paré. El fiscal queda encargado del cumplimiento de las sentencias. (*Se llevan los reos.*)

Rey. Hemos concluido?

Mor. Queda otro reo, que ha roto cuanto habia en su calabozo, y ha sido preciso encadenarlo. No contesta á lo que se le pregunta, ni ha querido revelar su nombre. Solo dice que desea hablar á V. M.

Rey. (*Al ugier.*) Que entre.

Mor. Creo que es loco.

Rey. Nos divertirá.

Furst. (*Al Rey.*) Mucho os deteneis, señor.

Rey. Es verdad; la noche está bastante adelantada, y ya se iluminan los salones para el sarao. (*En el foro se ven luces en las ventanas del palacio, situado en el lado opuesto al tribunal.*)

ESCENA VII.

Dichos.—ANGO *encadenado y con la cabeza cubierta.* (*Un soldado le quita el gorro y le tira al suelo.*)

Mor. (*A Ango.*) Acusado, vuestro nombre? (*Nada contesta Ango.*)

Rey. No irriteis á vuestros jueces con un silencio tan obstinado; sobre vos pesa el crímen de heregía.

Mor. Cómo os llamais?

Ango. Estoy delante del Rey?

Rey. Sí.

Ango. Mucho tiempo hace que lo deseaba.... Ya puedo hablar.

Rey. Y qué teneis que decirle?

Ango. Lo sabrá, si me escucha con atencion.... Cincuenta leguas anduve para verle, y ocho dias hace

que estoy en esta ciudad gastando inútilmente el tiempo y el dinero, sin haber podido penetrar hasta él... Habia ya decidido volver á mi pais y á mis negocios, cuando me prendieron.... Te estoy agradecido, complaciente policía, muy agradecido; porque á no ser por tí, no hubiera podido manifestar al Rey lo que oprime mi corazon.

Rey. Al hecho: os escucho.

Ango. (*Bruscamente.*) Luego sois el Rey?.... Debiera haberlo adivinado; ocupais el principal asiento del tribunal.

Rey. (*Descubriéndose la cara.*) Soy el Rey; hablad.

Ango. Pero ¿quién habia de reconocer á Francisco I debajo de esa capilla de capuchino? Verdad es, que vos tampoco reconoceríais debajo de este traje de marinero al armador mas rico de Diepa.

Furst. (Ese hombre es tan poderoso como enérgico.)

Ango. Me llamo Ango; tengo mi casa en Diepa, y mis buques en todos los mares, y vengo á pediros justicia de un insulto que se ha hecho á la Francia.

Rey. Qué decis?

Ango. Señor, los portugueses apresaron en el mar de Africa uno de mis buques, y asesinaron la tripulacion.

Rey. Qué quereis que haga yo en eso?

Ango. Y vos me lo preguntais? Vos!... Pues bien, yo os lo diré.... Es preciso que pidais una satisfaccion al rey de Portugal, y que le declareis la guerra, si se niega á dárosla.

Rey. (*Riendo.*) Ese hombre es loco.

Ango. Porque los portugueses, al apoderarse de mi buque, ultrajaron el pabellon francés, y el pabellon es la patria, y vos sois el gefe la patria.... La injuria que hicieron á Ango, simple mercader de Diepa, alcanza á Francisco I, rey de la Francia.

Rey. (*Riendo á carcajadas.*) Ese pobre diablo ha perdido el juicio. (*Todos los jueces se rien.*)

Ango. Esto es lo que venia á deciros, señor, y lo debiérais haber sabido ya, si os ocupáseis mas de la felicidad de vuestros vasallos, que de los platos que se sirven en sus mesas.

Mor. Insolente!

Rey. Dejadle!.. Sus impertinencias me divierten tanto como las bufonades de Triboulet.

Ango. Luego dejais impune un insulto semejante? Ingleses, alemanes, españoles, portugueses, abalanzaos todos sobre la Francia, porque tiene un Rey que se ocupa en juzgarla en vez de defenderla, y que lleva una capilla en vez de una coraza.

Furst. (*Al Rey.*) No nos detengamos mas con ese insensato; el baile ya no tardará en empezar.

Mor. (*Levantándose.*) Señores; en vuestra presencia teneis un enemigo de Dios y de los hombres.

Rey. (*Interrumpiéndole.*) Basta, basta.... (*Morin se sienta.*) El armador ha perdido un buque, y seria una crueldad aumentar su desgracia. (*Se rie.*) Marino de Diepa: el tribunal te perdona, porque le has hecho reir, y mañana tendrá Triboulet un traje igual al tuyo.... (*Al oficial.*) Acompañad á Ango á sus buques y á sus negocios... como él dice.—Sacadle inmediatamente de Paris, y escoltadle hasta Diepa. (*Vanse los jueces, el oficial quita á Ango las cadenas.*)

ESCENA VIII.

ANGO.—EL OFICIAL *y guardias.*

Ango. Rey imbécil!

Ofic. Vamos; es preciso marchar al instante á Diepa.

Ango. Y mi muger!... Quiero verla; quiero llevarla conmigo!

Ofic. Se os reunirá en vuestro pais.

Ango. Por favor, permitidme que vaya á buscarla á la plaza de Chatelet.... Soy mas rico de lo que pensais.... os recompensaré.

Ofic. Vos delirais, señor propietario de buques!

ESCENA IX.

Dichos.—FURSTEMBERG.

Ango. Venid, venid; el cielo os envia.

Furst. Acabo de saber que os obligan á salir de Paris.... (Van á dar las siete.)

Ango. Tengo que pediros un nuevo favor, por el que os estaré sumamente agradecido. Id á decir á María que voy á marchar á Diepa, y que es preciso que me siga.

Furst. Ah! Me parece que hareis solo el viage... vuestra esposa....

Ango. Ha muerto?

Furst. Vive; pero no me atrevo á manifestaros....

Ango. Hablad.

Furst. No habeis recibido noticias suyas desde que os separaron de ella....

Ango. No.

Furst. Ni ha procurado veros, ni os ha proporcionado tampoco ningun consuelo.

Ango. Es cierto!... Los carceleros lo habrán impedido.

Furst. No!... vuestra esposa os ha olvidado.

Ango. Mentira, mentira!

Furst. (*Con frialdad.*) Seguramente dareis mas crédito á vuestros ojos que á mis palabras.

Ango. Veamos!... Desgraciado de tí si me engañas!.... Desgraciados de ellos, si es cierto lo que dices!

Furst. Acercaos á esta ventana, y fijad la vista en la puerta principal de ese palacio iluminado: dentro de diez minutos tendreis una prueba términante de la traicion que se os hace. (*Se dirigen á la ventana del foro.*)

Ango. (*Despues de haber estado un rato asomado.*) Qué me importan esos caballeros y esas damas?

Furst. Aguardad.... Ah! veis aquella litera que se para á la puerta del palacio?

Ang. La veo.

Furst. Es una litera de la corte.... Y al hermoso caballero que la acompaña?...

Ango. No le conozco.

Furst. Es un confidente del Rey.... Y no conoceis tampoco las dos señoras que se apean?.... Aquella anciana?...

Ango. Cielos!

Furst. Y la jóven?

Ango. Mi muger!

Furst. Que va al baile del Rey.... Me creeis ahora?

Ango. Al baile, estando yo en la cárcel!.... pero no;

será un sueño, una enagenacion de mis sentidos; mis ojos me habrán engañado.

Furst. Aun no entró en palacio, mirad.

Ango. (*Asomándose.*) Es ella, ella misma. (*Hace ademan de querer arrancar la reja.*) Maldita sea, y yo tambien!... Voy á buscarla. (*Quiere salir.*)

Ofic. No puede ser, señor armador; debeis seguirme.

Ango. Seguiros! Antes quiero verla, quiero hablarla, quiero matarla!... Ah! soy un insensato; mi razon se estravía, mis rodillas flaquean. (*Se apoya en el Conde.*) La amaba tanto!.... Conozco que el pesar acabará mis dias.

Furst. Es una adúltera; olvidadla, y volved á Diepa.

Ango. (*Con esplosion.*) Me vengaré.... me vengaré!

Furst. Y de quién? Regresad á vuestro pais, pues no hay mas remedio; yo me quedo, averiguaré quién es su cómplice, y os lo diré.... Entonces podreis....

Ango. Os comprendo.

Ofic. (*A una seña de Furstemberg.*) Marchemos.

Ango. En Diepa os aguardo. (*Vase.*)

Furst. Encontré al hombre que necesitaba. Vamos al baile á presentar su esposa al Rey.



ACTO SEGUNDO.

El puerto de Diepa.—El mar está cubierto de niebla.—A la derecha una casa grande.

ESCENA PRIMERA.

Oyese el ruido de una orgia; gritos y risotadas. Al levantarse el telon entonan los marineros un coro.

Voces dentro. Muera Ango! Muera el traidor! Muera el avaro! (*Florencio y un marinero entran precipitadamente.*)

Flor. (*Herido y ensangrentado; sus vestidos estan desgarrados, y en la mano lleva el mango de una hacha.*) Infames! no dejarán títere con cabeza. Otra vez quiero afearles su vil proceder; dejadme!

Marin. (*Deteniéndole.*) Te matarán.

Flor. Que me maten! moriré contento, con tal que derribe antes á diez ó doce. (*Quiere soltarse.*) Ah! Ah! me han despedazado!... estoy cubierto de sangre.... Dios mio! Dios mio! (*Cae desmayado encima de un rollo de cuerdas.*)—Sí, ve; ve á batirte, Florencio!... Estais tan ágil y tan bien armado!... Piratas, asesinos!... (*Mira al marinero con furor.*)

Marin. Yo no.... bien sabes....

Flor. Nada sé, nada!... ¿Por qué no me revelaste sus proyectos? Tú no los ignorabas.

Marin. ¡Delatar á mis camaradas...! Dios me libre!

Flor. Imbécil de mí! qué dirá Ango, mi amo, mi amigo, mi hermano querido, cuando venga?

Marin. No te acobardes, Florencio.... Qué ha de decir?... Acaso tienes tú la culpa de que sus enemigos se hayan aprovechado de su ausencia para sublevarse contra él? Y por otra parte, es una majadería

tomarse tanto interes por ese hombre; no parece sino que eres su perro.

Flor. Ese hombre que tú dices, me crió, me adoptó por hermano; nunca tuvo secretos para mí, y mil veces me hubiera enriquecido, si yo hubiera aceptado sus generosos ofrecimientos.... Tienes razon, marinero. Soy su perro: quieres que te revele mis presentimientos?... Creo que Ango ha muerto!

Marin. Muerto!

Flor. Le habrán asesinado en Paris.... el corazon me lo dice.... (*Oyese otra vez el alboroto, y de la casa salen llamas.*) Si viviese, ¿se atreverian esos cobardes á derribar su casa?... Suéltame, quiero morir debajo de sus escombros. (*Se levanta.*) Escucha.... Voy á revelarte el sitio donde enterré los tesoros de mi amo....

ESCENA II.

Dichos.—MARINEROS.—TRABAJADORES *del puerto.*—MERCADERES.—(*Traen un barril de aguardiente que arde, y le colocan en medio del teatro. Detrás levantan un maniquí de paja, vestido con un trage de Ango.*)

Trab. Me parece muy justo que, despues de haber quemado la casa, arrojemos su dueño al agua, para que se refresque.

Todos. Aprobado.—Al agua el maniquí! (*Bailan á su alrededor y le arrojan al mar.*)

Marin. 2.º (*Viendo á Florencio.*) Mirad; aun está aqui el marinero de Ango. Qué cara!... qué ojos!... Si nos morderá?

Todos. A beber, amigos.

Merc. Sí, hijos mios; bebamos todos por la ruina y muerte de Ango.

Todos. Por la ruina y muerte de Ango!

Flor. (*A su camarada.*) Suéltame.... dame una hacha... Suéltame!

Merc. Que no encuentre donde descansar su cabeza cuando vuelva! Que esta ciudad, que fue su madre, y que quiso convertir en su esclava, le rechace y le maldiga! Y vosotros, valientes marineros, que surcábais los mares por él: vosotros, infatigables trabajadores, cuyo sudor cambiaba ese insolente en oro;

vosotros, mercaderes y armadores como yo, cuya industria y luces monopolizaba en provecho suyo, confundid vuestras voces y esclamad: Maldito sea Ango!... el tirano!... el avaro!

Todos. Maldito sea!...

Merc. 2.º A Florencio se le debe dispensar el honor de ser el primero que beba. (*Le ofrece una copa.*)

Flor. (*Se pone de pie, toma la copa, y se dirige al mercader.*) Ese honor corresponde de derecho al que tan bien habló.... Toma! (*Le tira la copa á la cara.*)

Todos. (*Con furor.*) Al mar con él... al mar! (*Florencio se defiende, pero sucumbe á la multitud, que le arrastra al mar.—Oyese galopar un caballo.*)

Marin. 1.º Deteneos! Ango llega!

Todos. (*Aterrados.*) Ango!!!

Marin. 1.º Sí, mirad un hombre á caballo.... El caballo cae muerto.... el hombre se levanta.... es él!... es Ango!

ESCENA III.

Dichos.—ANGO *entra desgreñado en la escena.*

Todos. (*Con terror.*) Ango!!

Ango. (*Corriendo hácia donde está Florencio.*) Florencio!... compañero, hermano!... Florencio!... Atrás, fieras, atrás!... Qué os ha hecho para que asi le despedaceis?

Flor. Perdonadme, Ango!... No he podido defender tu casa; era yo solo contra todos ellos.... Solo!... Solo!...

Ango. Ven á mis brazos, Florencio! Ven á mis brazos, amigo querido! (*Se abrazan.*) Sangre en tus vestidos.... Será tuya! Quién la ha derramado?... quién? (*Dirige la vista á su alrededor.*) Miserables, asesinos; no hay uno, uno siquiera que se atreva á contestar?... Temblais! huís! teneis miedo!... porque en vez de un hombre son dos ahora los que os hacen frente!...

Marin. 2.º (*Al mercader.*) Habladle, habladle; nunca en mejor ocasion.

Flor. (*A Ango.*) Es una intriga de los mercaderes.

Ango. Y qué dicen?

Flor. Que eres tirano, avaro y que quieres apoderarte del gobierno de Diepa.

Ango. Pobre pueblo!

Flor. Mira como está tu casa. (Felizmente pude salvar tus tesoros, enterrándolos en la cabaña de mi madre.)

Ango. (*Apretándole la mano.*) Querido Florencio! (*durante el anterior diálogo los marineros, trabajadores &c., se han ido retirando. Ango los detiene.*) Quedaos, lo mando yo.

Merc. (*Con tono brusco.*) Y quién eres tu para mandárnos?

Ango. Vuestro preboste!.... O me habeis reemplazado ya?.... En ese caso que se presente el que juzgásteis mas acreedor que yo á vuestra confianza.

Merc. 1.º Vah!... vah!... Viva Ango!

Ango. Silencio y prestadme atencion. En dos semanas habeis olvidado mis servicios.... La leccion ha sido severa y me aprovecharé de ella... Aqui no hay primeros ni últimos; todos tenemos iguales derechos, todos podemos usar de la palabra.... Yo callo para oir á mis acusadores.... Que hablen.

Merc. Pues bien! Contéstame: ¿es propiedad tuya el mar? tus buques son los únicos que surcan las aguas mientras los nuestros se pudren en los muelles, y tú te enriqueces y nosotros nos arruinamos.... Es esto justo, amigos mios?

Todos. No, no.

Ango. (*A los mercaderes.*) La riqueza es el premio de los valientes que arrostran los peligros que la rodean... La miseria es el de los cobardes!.... El puerto de Diepa no está abierto para todo el mundo?

Marin. 1.º Ango tiene razon.

Ango. Indolentes, qué os quejais? Yo os compro vuestros buques; pedid oro por ellos! Trabajadores y marineros, ante vosotros se me ha acusado de déspota y de avaro!.... Manos pues á la obra, compañeros; á bordo, marineros; doblo el precio de vuestros empeños y de vuestros jornales y á todos os matriculo. Aceptais?

Todos. Sí, sí.

Ango. Os han dicho que especulo con vuestra miseria, que engordo con vuestro sudor y que prospero con vuestros peligros; y yo os envio á la conquista de un

reino; á la rica Lisboa, á la ciudad de oro y de diamantes! os la doy, la saqueareis, la arruinareis, la abrasareis; y nada quiero para mí! nada!..... ni una sola baldosa de sus casas, ni un solo escudo de sus tesoros, ni una sola perla de sus collares!...... Todo para vosotros, amigos mios, todo! para mi la venganza, las banderas portuguesas! Decid, aceptais?

Todos. (*Con entusiasmo.*) Sí, sí.

Marin. 1.º Arrodillémonos, camaradas, delante de él como si estuviéramos en presencia de nuestro padre, como si estuviéramos en presencia de nuestro Dios; arrodillémonos y nos perdonará (*Se arrodillan.*).

Ango. Sí; quiero ser vuestro padre; pero levantaos y olvidad vuestras faltas, asi como yo os las perdono! Pensemos tan solo en la gloria de Diepa, de nuestra patria! (*Se dirige al barril qne sigue ardiendo y llena una copa.*) Conciudadanos, hermanos, bebo por el eterno renombre de esta ciudad.

Todos. Viva Ango! (*Los mercaderes huyen.*)

Marin. 1.º Miradlos como huyen!... Venguemos á nuestro padre! Al fuego los mercaderes. (*Los marineros corren en pos de los mercadenes.*)

Ango. A los buques, vosotros! (*Los marineros se detienen.*) El que dentro de diez minutos no ocupe su puesto, podrá quedarse en Diepa y para los demas será el botin!

Todos (*Se retiran en tumulto.*) Viva Ango!

ESCENA IV.

ANGO.—FLORENCIO.

Ango. La borrasca biró de bordo..... No sopla ya contra mí, sopla contra ellos. (*A Florencio.*) Pobre Florencio! cómo te sientes?

Flor. Muy bien.

Ango. No estás herido? (*Le haee sentar á su lado.*)

Flor. Lo estuve, pero ya estoy bueno; te presentaste tan grande á mi vista!.... Y ten entendido que anduviste muy cuerdo en rebentar el caballo, si tardas dos minutos mas, Florencio no hubiera vuelto á estrecharte en sus brazos... Pero hablemos de otra cosa; habrás hecho buen viage: es hermoso Paris?

Ango. Sí.

Flor. Viste al rey?

Ango. Sí.

Flor. Y te autorizó para declarar en su nombre la guerra á Portugal; no es verdad?... Todo está dispuesto para el efecto y egecutadas las órdenes que diste antes de marchar.... Oh! nuestro monarca es un escelente sugeto; y conozco que partí muy de ligero cuando te aconsejé que no fueras á verle. Con justicia le alababa el capitan Parmentier; ayer me citó otra vez la famosa carta que escribió á Madama de Angulema despues de la batalla de Pavía.

Ango. Sí.... «Todo se perdió menos el honor...» El honor!.... el honor!.... Esa carta, Florencio, es un tejido de falsedades; Francisco I es mas despreciable que el último de los bandidos que han saqueado mi casa.

Flor. Que estás diciendo?

Ango. Que en la corte del Rey de Francia tiene su morada la vileza; y que son unos infames los nobles que la componen. Cuando les hablé de honor y de justicia se burlaron de mí, y me calificaron de loco cuando, con la franqueza de un marino, les dije: que el rey era responsable del insulto que á mi pabellon se habia hecho.

Flor. Ya; no habrás sabido esplicarte..... Debia haber ido contigo.

Ango. Sabes qué acogida tuve en aquella ciudad? Me prendieron, y, cargado de cadenas, me encerraron en un inmundo calabozo, diciéndome que era herege y que seria quemado vivo.

Flor. Quemado!

Ango. Sí, quemado!

Flor. Y por qué?

Ango. Lo ignoro. Solo sé que al dia siguiente habia baile en la corte, y que querian que una hoguera alumbrase la fiesta.... Yo me encontraba allí y me prendieron; pero al contar las cabezas conocieron que la mia no les hacia falta y me pusieron en libertad.

Flor. Pobre Ango!

Ango. Oh! Cuando Permentier me trajo la noticia del asesinato de mis compañeros, solo tenia una injuria

que vengar; ahora tengo mil.... mil... y mucho mas sangrientas que aquella! Soy un loco que hace reir.... soy un pobre diablo que no merece que se le juzgue... soy un mendigo que se le echa á puntapies cuando pide limosna á la justicia del rey.... Aguardemos, Francisco I, aguardemos á ver qué opinion forma Lisboa de las chanzas de vuestro bufon!

Flor. Y tu muger, donde está?

Ango. Me la arrebataron tambien. Entró en su infierno y como ellos se condenó.... Dos veces he sido deshonrado en la corte de Francia, y esa escuadra que marcha contra Lisboa solo puede rescatar la mitad del honor de Ango.... Florencio! Florencio, soy muy desgraciado! (*Se abrazan.*)

ESCENA V.

DICHOS.—FURSTEMBERG.

Furs. (El vasallo se revoluciona, y el esclavo en vez de lamer la mano del que le apaleaba la muerde con rabia.... Bendito sea el genio infernal ó celeste que me inspiró la idea de elegir á ese hombre para vengar mi ofensa! En este momento me olvido de mi deshonra y de mis pesares.... Aqui está.) Ango!

Ango. (*Ve á Furstember y se separa de Florencio.*) Sois vos?... Gracias! gracias! Habeis cumplido la palabra (*A Florencio.*) Ve á activar los preparativos. (*Vase Florencio.*)

ESCENA VI.

FURSTEMBERG.—ANGO.

Ango. Qué habeis sabido?

Furs. Cuanto hay que saber.

Ango. No me queda esperanza alguna...? Me abandonó?

Furs. Sí.

Ango. Estais seguro de lo que decis?

Furs. Vió al rey y le habló.

Ango. Pero....

Furs. Desde aquella noche no ha vuelto á casa de su tia.

Ango. María!... María!... Y quién sois vos, quién eres tú? Dime como te llamas, si quieres que crea lo que aseguras: no te conozco.

Furs. Tampoco os conocia yo, y cuando os ví por la primera vez os tendí la mano, porque conocí que la desgracia nos unia.

Ango. Esplicaos.

Furs. Una injuria igual á la que sobre mí pesa os amagaba; y el mismo manantial de oprobio debia saltar sobre los dos: ya veis que no somos estraños el uno para el otro, somos hermanos, somos amigos.

Ango. No quiso tampoco haceros justicia?

Furs. Es ese el único agravio que del Rey de Francia recibísteis?.... Escuchadme: me llamo el conde de Furstemberg, soy aleman y estoy al servicio del Rey de España. En la batalla de Pavía mis tropas hicieron prisionero á Francisco I; pude matarle y no quise. Demasiado tarde conozco que hice mal. Recibile en mi casa, como se recibe á un hermano, cuando Carlos V le tenia cautivo en Madrid; y fue tan infame que me robó la única muger que en este mundo he amado. No supe su traicion hasta que regresé de mi viage que hice á mi patria de orden del Emperador. Habia ya recobrado su libertad y subido otra vez al trono de S. Luis. Carlos V me nombró su embajador cerca de la corte de las Flores de Lis y en Paris volví á ver al hombre á quien dí la vida y me quitó la honra.

Ango. Y no os habeis vengado! Y no le habeis muerto!

Furs. Si hubiese escuchado el odio que le tengo, si hubiese cedido por un momento al impulso espontáneo que me obliga á empuñar la espada cuando le veo, de uno á otro estremo de Europa hubieran gritado: «Traicion, violacion del derecho de gentes»... á mi venganza la hubiera llamado crímen, y la infamia de este crímen supuesto hubiera recaido en mi Rey. Se hubiera dicho que Carlos V envidioso de Francisco I habia enviado un asesino á la corte de su rival, y la gloria del rey víctima hubiera aumentado tanto, cuanto rebajara su muerte el honor de mi amo.

Ango. Luego renunciais á la venganza?

Furs. Para vengarse de los reyes, no hay necesidad de recurrir al puñal; basta saber aprovechar la ocasion; algunas veces tarda, pero siempre llega, como ha llegado ya.

Ango. No os entiendo.

Furs. Vos odiais al Rey, no es verdad?

Ango. Si le odio!... Por qué no estaba frente á frente de mí aquella noche fatal en que, guardado de vista por sus soldados, esperaba la hora de salir de Paris!... Mientras que yo desesperado, furioso y maldecido me acardenalaba contra las paredes, él bailaba con la risa de la lujuria en los labios; bailaba dirigiendo á las mugeres aquellas palabras que ensucian y depravan; bailaba mirando la inmensa ciudad de Paris que ha convertido en sumidero de sus escesos y de sus desórdenes.... y María, María antes tan pura, le escuchaba, se inflamaba con las chispas de sus miradas y se envenenaba con su infernal aliento... ¿Si le odio?... ¿Si le odio, me preguntais?

Furs. Bien, Ango! aqui sois el amo y el que manda en Diepa, dispone de las fuerzas marítimas de la Francia; yo dispongo de las de España y de las de Inglaterra... Reunámonos pues para derribar á nuestro comun enemigo.

Ango. Qué me proponeis?

Furs. Encontraremos apoyo en el rey Enrique VIII y en el emperador Cárlos V.

Ango. Para qué necesito esa gente?... Señor conde, vos me proponeis una traicion que yo estoy muy lejos de cometer.

Furs. Sois demasiado generoso.

Ango. Sabemos por ventura si mereceria este tratado la aprobacion de los reyes de España y de Inglaterra?.. No dudo que tendrian gran placer en que el mercader Ango les entregara las llaves de su patria, diciéndoles: Entrad, señores, entrad y vengadme!.... Si semejante idea pudiera pasarme por la imaginacion, ahora mismo llamaria á Florencio y en vuestra presencia colocaria mi cabeza debajo de su hacha de abordaje.... Separemos la Francia del rey; entre ella y él nada hay de comun.

Furs. Reflexionad lo que decis.... Sin mas autorizacion

que la vuestra habeis declarado la guerra á Portugal, habeis cometido un crímen de lesa magestad; habeis ultrajado á Francisco I.

Ango. Si Francisco I tiene alguna queja del mercader Ango, el mercader Ango se entenderá con Francisco I.

Furst. Luego rehusais mi proposicion?

Ango. Con toda mi alma.

Furst. En ese caso, me retiro.

Ango. Podeis quedaros: no nacisteis en Francia, y por consiguiente no estraño que no penseis como sus hijos.... Quedaos; os estoy muy agradecido por cuanto en obsequio mio habeis hecho.

ESCENA VII.

ANGO.—FURSTEMBERG.—FLORENCIO.—MARINEROS. TRABAJADORES, *&c.*

Flor. (*A los marineros.*) Vivo, vivo. El viento es favorable; no hay que perder tiempo.

Dep. 1.º (*A Ango.*) Señor; aqui teneis el libro de las matrículas.

Dep. 2.º Y el dinero para los adelantos.

Ango. Inscribid y pagad. (*Florencio trae el pabellon de Ango, que es azul, y en el centro tiene un Leon de plata.—Los dependientes matriculan á los marineros y les dan dinero.—Ango habla con los principales oficiales de la escuadra.*)

Ango. (*Con el pabellon en la mano.*) Hijos mios; en vuestras manos deposito este pabellon! Con él hemos hecho á Diepa la primera ciudad marítima del mundo; con él sitiareis á Lisboa; ondeará en los mástiles de vuestros buques cuando fondeen en el Tajo, y marchará al frente de vosotros, cuando salteis á tierra para destruir y quemar lo que vuestras balas no hayan alcanzado.... Amigos; los portugueses asesinaron á 22 hermanos vuestros; sea sangrienta la represalia. A tu presencia, pueblo de Diepa, desaparecerá el valor; á tu vista se disiparán los ejércitos, porque vas á satisfacer una venganza justa, porque vas á conquistar una reparacion que los reyes

te negaron, y Dios combatirá contigo contra los reyes.... Jurad todos vencer ó morir por este pabellon.... Ango os le entrega; la patria os mira.... Jurad! jurad!

Todos. Vencer ó morir!... Lo juramos! (*La niebla se disipa, y aparece la escuadra dispuesta á hacerse á la vela: un cañonazo.*

Furst. Se me escapa el ciudadano; pero me queda el hombre.... Esperemos.

Ango. A bordo!

Todos. A bordo! á bordo!



ACTO TERCERO.

El castillo de Ango en Varengeville. (Tres meses despues.)—Salon. En el fondo, un marco vacío.—Andamios de pintores y escultores: panoplias, colgaduras, modelos, &c.

ESCENA PRIMERA.

FURSTEMBERG.—FEDERICO.

Furst. Mucho has tardado; habia perdido ya la esperanza de verte.
Fed. Mi nuevo empleo cerca de S. M. me tiene muy ocupado.
Furst. Qué noticias traes de la corte?
Fed. Todos los dias se queman hereges: la santa inquisicion marcha.
Furst. Y el Rey es feliz, está contento?
Fed. Sí; pero siente en el alma que vuestra delicada salud os detenga por tanto tiempo á la orilla del mar. Me dió esta carta para vos.
Furst. (*La abre, saca una sortija de oro, y despues de haberla examinado, lee lo que sigue.*—«Querido «Conde: no he podido conservar á la hermosa Ma- «ría. Cuando mas sumisa la creia á las agradables «seducciones de mi pasion, desapareció la muy in- «grata, llevándose mi mas preciosa prenda de amor, «una magnífica sortija mejicana que tenia en mucha «estima, por ser regalo de una muger en quien ido- «latraba. No sé á qué atribuir tan caprichosa fuga; «no puede ser á los zelos que le haya causado una «hermosa aldeanita, con quien dividí el cariño que «la tenia; porque, como no ignoras, nunca obtuve una «victoria decisiva. Sea cual fuere la causa, si regre- «sa á Diepa procurareis verla, la hablareis en mi

«nombre, y le entregareis la adjunta sortija que le «quité casi por fuerza, dándole en cambio la mia. «Quedo rogando á Dios me conceda cuanto antes el «gusto de abrazaros.—*Vuestro amigo Francisco.*

P. D. Probablemente recibireis esta carta en el «famoso palacio de Varengeville, que el mercader «Ango ha mandado construir con toda magnificencia. «No perdais de vista á ese hombre; seguid todos sus «pasos.»—Rasguemos la postdata. (*Rasga la parte inferior de la carta.*)—(*A Federico.*) Cuándo piensas marchar?

Fed. Estoy á vuestras órdenes.

Furst. Esta noche nos veremos.—Adios. (*Vase Federico.*)

ESCENA II.

FURSTEMBERG *solo.*

Desapareció!... Cómo averiguaria su paradero!... He notado, hace unos dias, que Florencio anda en misterios.... Si le preguntase.... nada me diria, desconfia de mí.... Puede tambien que Ango.... Si cierto fuera, inútiles habrian sido todos mis esfuerzos; y el milano que contra tí lancé, rey de Francia, dejaria escapar su presa.... Pero no sucederá asi; no. (*Durante el monólogo anterior habrá entrado Florencio por una puerta lateral, y antes de cerrarla habrá hecho señas con la mano, como si alguien se encontrara dentro. Al volverse, repara en el Conde y trata de evadirse; pero este, que observó todos sus movimientos, da media vuelta y le impide el paso.*)

ESCENA III.

FURSTEMBERG.—FLORENCIO.

Furst. Muy temprano habeis venido hoy á Varengeville....

Flor. Sí...

Furst. Hace mucho que habeis llegado?

Flor. En este mismo momento.

Furst. Y Ango se siente mejor?—Ayer estaba bastante malo.

Flor, Sigue lo mismo; luego le vereis; no tardará en llegar.... Con vuestro permiso...
Furst. (*Deteniéndole.*) Qué hay de nuevo?
Flor. Nada.
Furst. Cómo nada?... Acaso ignorais....
Flor. Qué...?
Furst. Que ha llegado la esposa de Ango.
Flor. (*Bruscamente, procurando disimular su turbacion.*) Dejadme en paz; siempre me venís con cuentos. (*Vase.*)—(*Entran Leonardo y varios pintores, que miran los andamios del foro. Dos traen colores, y un lienzo que colocan misteriosamente en el bastidor del lado opuesto.*)

ESCENA IV.

FURSTEMBERG.—LEONARDO DE VINCY.—DISCIPULOS.

Furst. No me queda duda; está aqui.... Federico llevará la noticia al Rey, y yo mientras tanto, no me separaré de Ango. (*Vase.*)

ESCENA V.

LEONARDO DE VINCY.—DISCÍPULOS.—FLORENCIO.

Flor. (*Entrando.*) Marchóse, por fin.... Pues no se habia empeñado en hacerme cantar.... pero yo supe evitar el peligro, y él se ha quedado con las ganas. (*A Leonardo.*) Acabásteis la obra, Maese Leonardo?
Leon. Sí, amigo.
Flor. Se parece?
Leon. Vais á verlo. (*Le enseña el lienzo que trajeron sus discípulos, y que estará rollado al lado del bastidor, de modo que los espectadores no le vean.*)
Flor. (*Palmoteando.*) Bravo! bien! Está hablando.... (*Apretándole la mano.*) Sois un genio.
Leon. Mucho tarda Ango.... Si sabrá nuestro proyecto?
Flor. No.... son dos leguas las que tiene que andar, y es muy pesado su caballo.... Vereis que demudado está; su cara asusta; los pesares le abruman.... y de todo tiene la culpa ese maldito viage que hizo á Pa-

ris. Desde que se aficionó á las artes, como decís vosotros, en vez de ir al puerto se encierra en la librería: ya no es el robusto y alegre marinero; ya no es el compañero inseparable de Florencio; yo mismo no le reconozco.... Amaba tanto á su esposa!... y son tantas las penas que le atormentan!... Ah! Maese Leonardo, muy pronto dejaré de tener amigo.

Leon. Tranquilizaos.... por nuestra cuenta corre disipar su tristeza.

Flor. Callad.... me parece que oigo su voz.

Leon. Y á ella la habeis avisado?

Flor. Sí.... está alli.

Leon. Cuando llegue la ocasion os haré una seña.

Flor. Si nuestra Señora del buen Socorro nos favorece, le encenderé veinte velas. (*Viendo á Furstemberg.*) Siempre ese hombre con él.

ESCENA VI.

Dichos.—ANGO, *apoyándose en el conde de* FURSTEMBERG. *Arquitectos, escultores, pintores.*

Ango. (*A los artistas.*) Sí.... sí.... empiezo á comprender el mundo ideal, y á conocer que las artes son la fuente del consuelo.... Mucho os agradezco el sacrificio que por mí habeis hecho de abandonar á vuestros patronos de Venecia y de Florencia. A vosotros deberé algun dia que mi nombre se asocie en la historia al nombre de Médicis, y que el pueblo de Diepa esclame al admirar vuestras obras maestras: «Bendita sea la memoria de Ango.» Venecia, dirán, era la única reina del mar; su trono se dilataba demasiado, y Ango sentó á Diepa al lado de Venecia. Porque habeis de saber, señores, que no edificais el palacio de un hombre, ni tampoco el de un rey; edificais el palacio de una ciudad. Amontonad en él prodigio sobre prodigio, y nada escasecis.

Leon. A trabajar. (*Los artistas saludan y desaparecen entre los andamios. Ango toma la mano á Florencio y al Conde y baja al proscenio.*)

Ango. Mucho siento, amigos mios, que no esperimente el corazon lo que la lengua dice. Este lujo, este

esplendor, todas estas maravillas no son suficientes para consolarme. En medio del torbellino deslumbrador que me redea, olvido á los aduladores y envidiosos que sin cesar me asedian; permanezco sordo á la calumnia, que inventa á costa mia mil fábulas absurdas; desprecio la impotente rabia de los mercaderes, turba miserable de egoistas, que porque á costa de desvelos y afanes sin cuento he logrado reunir un capital respetable, me acusan de avaro. Pero las producciones del arte y las inspiraciones del genio, sucumben á la inquietud de la desesperacion que de mi alma se han apoderado. Nada he sabido aun de Lisboa, querido Furstemberg; y mañana quizá la voz severa de una ciudad, me preguntará por sus hijos degollados, por su marina destruida: mañana los jueces del almirantazgo y los prohombres, me juzgarán por haber perdido mi escuadra y por haberla armado sin real autorizacion, y tendré que huir vergonzosamente, para evitar un castigo infame: mañana, yo, el mas poderoso de la ciudad, seré el mas miserable de ella, y mis amigos me odiarán y mis enemigos me despreciarán, porque á unos no seré útil, ni para otros peligroso. ¿Qué haré en ese caso? ¿á dónde iré, decid?

Furst. Veinte leguas dista de aqui Inglaterra.

Ango. Abandonar la Francia!... Emigrar yo!

Furst. Los honores y las riquezas os seguirán á todas partes.

Ango. Y la patria me seguirá tambien? No!... Diré á mis conciudadanos: los portugueses apresaron un buque de Diepa y asesinaron su tripulacion; pedí justicia al rey, y el rey desatendió mi súplica.... no quise dejar impune tamaño crímen; no he podido conseguirlo; aqui teneis mi cabeza; vengaos!

Flor. Tambien les presentaré yo la mia.

Ango. Y por qué, hermano?

Flor. Me llamas hermano, y me lo preguntas?

Ango. Eres fiel, como lo es la sombra al cuerpo, como lo es el surco al buque.

Flor. No parece sino que todo se ha perdido; y yo apostaria que á estas horas está Lisboa en nuestro poder; y si lo contrario sucediera, nadie podria re-

clamarte un solo cabo de cuerda, ni un solo cabello de marinero, porque al contado pagaste buques y hombres.... Pero miradle qué demudado está!... Ya, como ha dado en la maldita manía de morirse....

Ango. El que padece debe soportar la existencia, y defenderla tambien si tiene una madre.... si tiene una familia.... Pero cuando yo me muera, quién llorará sobre mi tumba!... En otro tiempo existia para mí el lazo sagrado que ata el hombre á la vida; ahora está roto; mi madre ha muerto.... y María, María!... tampoco existe. La carga es muy pesada, amigos mios!

Flor. (*Enjugándose las lágrimas.*) Cuando te digo que pierdes el juicio.

Leon. (*Acercándose á Ango.*) Ango, ¿podeis sacrificarme un momento?

Ango. Estábais esperando, Maese Leonardo?... Conducidme. (*Suben la escena.*)

Flor. (Estoy temblando como si fuera á cometer un crímen.... y ese aleman siempre pegado!)

Ango. (*A Leonardo.*) Teneis ya argumento para los dos lienzos que os faltan? (*Señala el marco vacío.*) Deseo ver la galería acabada.

Leon. Empecé ya á pintar uno, y está muy adelantado: quereis verle?

Ango. Tendré mucho gusto en ello. (*Leonardo le conduce al frente del cuadro.*) Ah! (*Le mira con atencion y con voz temblona.* Maese Leonardo, maese Leonardo, ¿dónde visteis á esa muger?

Leon. Este cuadro está sacado de una anécdota diepense del tiempo de las cruzadas, y representa la reconciliacion del conde Antonio de Mortemart, con su esposa Luisa de Ursins.

Ango. Referidme esa historia. (Su frente, su boca, sus ojos!... Es María!)

Flor. (*A Leonardo.*) Hablad.

Leon. Cuando regresó el conde de Tierra Santa, creyendo infiel á su esposa, la dió de puñaladas, y emigró á Inglaterra. Un año despues tuvo el convencimiento de que se habia equivocado. Regresó á Diepa é hizo levantar á su víctima un soberbio mausoleo, ante el cual iba á llorar todas las noches....

La pesadumbre y los remordimientos le postraron en la cama, á cuya cabecera velaba aquella á quien echaba tan de menos.... Luisa no habia muerto... He escogido el momento en que el conde, volviendo de un largo delirio, mira y reconoce al ángel que le prodiga mil cuidados.

Ango. (*Despues de haber escuchado con atencion.*) Era inocente y quiso matarla, matarla!... Sí, comprendo. Y al despertar encontró á la pobre muger arrodillada á sus pies!... Y yo tendido ayer en mi ardiente cama, cuando llamaba la muerte á gritos, menos feliz que Antonio de Mortemar, no tenia quien me dijera con voz consoladora: Estoy á tu lado, ten valor. (*Cae abatido en un sillon y se tapa la cara con las manos.*)

Leon. (*A Florencio.*) Aprovechemos la ocasion. (*Vase Florencio.*)

Ango. (*Llorando.*) María! María!

ESCENA VII.

ANGO *sentado*, LEONARDO DE VINCY, FURSTEMBERG, MARÍA, FLORENCIO.

Furs. (*En el fondo del teatro.*) (No me engañé.)

María. (*Mirando á Ango.*) Estoy en presencia de mi juez y es preciso que le confiese mi falta y que le diga... Oh! nunca me atreveré....

Flor. No tengais miedo!... Ya sabeis que es generoso. (*La obliga á que se acerque á Ango.*) A qué viene ese temblor? (*María se arrodilla delante de Ango á quien da Leonardo una palmada en el hombro señalándole á María.*)

Ango. (*Levanta la vista y repara en su esposa; la mira un momento en silencio; se levanta luego, la tiende los brazos y la aprieta contra su corazon.. Vase Leonardo.*) Dios mio, tú me la devuelves!.. Es ella! es María, mi ángel, mi amor! (*La cubre de besos.*) No me habias abandonado?... me amas todavía?

María. (*En la mayor turbacion.*) Tened piedad de mí!... Soy tan desgraciada!

Ango. Aquellos miserables te habrán tendido algun lazo infame.. habrán querido perderte, separarte de mí... y tú habrás luchado y vencido, y te has escapado de sus brazos para volar á los mios.... Bendita seas!

Flor. Soy feliz!

Ango. Cuanto he padecido María..... verme separado de tí, creerte culpable, sospechar en tí crímenes!.... porque mi alma te ha maldecido.... Queria morir.... estaba loco.... No llores, querida, no llores; tú no tienes la culpa de lo que yo he sufrido.... Amigos, Florencio, Furstemberg, acercaos. Me siento reanimado, con valor, sin miedo, soy feliz! (*El conde se acerca.*) María, este es el conde de Furstemberg, no te acuerdas de él? Le conociste en la posada de las tres Coronas.

Furs. Nos hemos visto tan pocas veces.

María. Yo... yo... no reconozco á ese caballero..... Soy perdida! (*Cae desmayada encima de Ango.*)

Flor. Que hice, Dios mio!

Ango. (*Despues de haber mirado largo rato á su alrededor.*) Llévatela, Florencio, llévatela. (*Vanse Florencio y María.*)

ESCENA VIII.

ANGO. — FURSTEMBERG.

Ango. (*Al conde que iba salir.*) Quedaos.... Ha sido un sueño lo que por mí ha pasado?.... Decid: soy el mas insensato de todos los hombres.... En mis brazos estrechaba á María y ella se enternecia y lloraba al oir mis amorosas palabras y su corazon correspondia á los latidos del mio.... Os llamé para que participáseis de mi alegria, y cuando os vió se puso pálida y cayó desmayada.... Alguna historia abominable tendreis que revelarme, quiero conocerla... Hablad.

Furs. La habeis perdonado.... Sois generoso.... Olvidemos lo pasado.

Ango. Conde, en mí habeis encontrado un huesped afectuoso, en mí habeis tenido un amigo sincero, os he revelado todos mis secretos é incesantemente ha-

beis leido en mi alma. (*Arranea una daga de una panoplia.*) Decidme, pues, cuanto sepais de esa muger, ó juro por Dios vivo que no saldreis de esta habitacion.

Furst. (*Con mucha tranquilidad.*) Olvidásteis ya lo que os dige?

Ango. (*Cayendo en un sillon.*) Ah!.... sí... un baile mientras que yo mordia las cadenas!... un baile mientras que la hoguera se encendia.... Toda la noche! Toda la noche!.... y sin saber de ella por espacio de tres meses! hé aqui la realidad, la mentira es ese cuadro esplicado por el pintor. Pobre anciano! le habrán engañado tan vilmente como á mí. Yo no preguntaba por ella ni la llamaba, y vino á robarme su perdon, y permití que se apoderase de él sin preguntarla que crímen habia cometido. (*Levantándose.*) Pero no!... vos sois el que miente, vos sois el que ha inventado esa patraña para convertirme en instrumentro de vuestra horrorosa política... Cuando os digo que sus lágrimas humedecieron mis labios!....

Furst. (*Saca una sortija del bolsillo.*) Conoceis esta sortija? Preguntad á María porque no está en su poder.

Ango. Es la que le regalé el dia que nos casamos!.... puede haberla perdido... Se la habrán robado tal vez...

Furs. Y esta carta?...

Ango. (*Despues de haberla leido la haee pedazos.*) Basta, basta.... Teniais razon... la he perdonado.... un denso velo debe cubrir cuanto ha sucedido. Mi corazon abriga sentimientos nobles.... quién sabe?.... el arrepentimiento.... la gratitud.... el amor quizas.— Os encojeis de hombros, volveis la cara... Querriais por ventura que la echara de mi casa cuando la habrán conducido á ella la miseria y el hambre?... La amaba tanto! Oh! no me abandoneis, conde; la desesperacion se ha apoderado de mí, me mataria, me deshonraria y mis enemigos dirian que tuve miedo.

Furst. Sosegaos.... siento pasos.

ESCENA IX.

Dichos.—DIPUTACION DE NOTABLES.—LEONARDO DE VINCY.—FLORENCIO.—ARTISTAS, &c.

Un not. Ango, ha llegado un correo de Lisboa....

Ango. (Todo se perdió.)

Not. Con la agradable noticia de que tu escuadra vengó el honor de Diepa. La orgullosa capital de los portugueses ha rendido su bandera delante de tu pabellon. Te damos las gracias en nombre de la ciudad, y para recompensar dignamente tus brillantes servicios, te nombran por mi órgano los notables de Diepa, comandante del castillo y gobernador de la plaza, salvo la aprobacion de nuestro amado monarca.

Ango. (Grande es tu justicia, Señor!) (*A los notables.*) Nuestros valientes marineros han cumplido con su deber, han sostenido dignamente el renombre de nuestra patria, nos han conquistado el imperio de los mares, y en su nombre recibo vuestras gracias. Me habeis juzgado digno de mandaros, esta distincion me honra y por consiguiente la acepto. El libre sufragio de una ciudad que elige un gefe, se impone un trono pero no le levanta.

Not. Mediante tu aceptacion, deponemos á tus pies las llaves de la ciudad y del castillo. (*Dos notables se adelantan llevando en bandejas de plata las llaves. Van á arrodillarse.*)

Ango. Levantaos Señores!... El que recibe el mando debe arrodillarse delante de los que se le dan. (*Toma las llaves inclinándose.*)

Todos los not. Viva Ango! (*Entran los heraldos. Música de triunfo.*)

Her. Salud, Ango, salud marino y ciudadano de Diepa.—El muy alto y muy poderoso Señor Francisco I, rey de Francia, duque de Normandia, te anuncia que conducimos á tu presencia al ilustrísimo Francisco Paez, embajador de S. M. F. Juan III, rey de Portugal y de los Algarves, quien viene á pedirte perdon por el insulto hecho á uno de tus buques,

y á suplicarte que mandes levantar el bloqueo de la ciudad de Lisboa.

Ango. (*A los heraldos.*) Recibiré al embajador de Portugal.

Her. Cuando?

Ango. Ahora mismo. (*A los notables.*) Vosotros presenciareis el acto. (*A Leonardo.*) Y vos tambien, Leonardo.... Ya teneis argumento para el único lienzo que os falta, reproducid en él lo que aqui pase. (*A los artistas.*) Ahora se trata de improvisar un trono, manos pues á la obra, no es justo que el embajador haga antesala, es un pobre hombre que viene á implorar perdon. (*Los arquitectos y pintores levantan un trono. Música.*)

Flor. (*A Leonardo que está tomando apuntes.*) Muy pronto se levanta un trono; no costará mucho trabajo derribarle... (*Ango se sienta en el trono. Furstemberg está de pie á su derecha. Florencio á una seña de Ango se coloca á su izquierda.*)

ESCENA X.

Dichos.—EL EMBAJADOR DE PORTUGAL, *su comitiva, todos ricamente vestidos. Traen cofrecitos llenos de regalos.—El embajador permanece de pie y cubierto delante del trono; detrás del embajador su comitiva. Cerca del trono los notables; en el fondo los heraldos. Leonardo de Vincy solo á un lado, dibujando la escena.*

Embaj. En nombre de mi soberano, Juan III, rey de Portugal y de los Algarves: yo don Francisco Paez de Salvaterra, marques de Santaren y comendador de Almada, ofrezco al marino Ango cuantas indemnizaciones exija por el perjuicio que la marina portuguesa ha ocasionado á la suya.

Ango. Si mal no entendí, vuestro amo me ofrece dinero?

Embaj. La suma que exijais.

Ango. Exijo, pues, cien mil escudos de oro para mis marineros, y quiero ademas que deis una satisfaccion á la ciudad que en mi persona habeis ultrajado;

voy á pedírosla en su nombre. Florencio, dí al embajador que te entregue su espada.

Embaj. La espada de un noble portugues!

Ango. No: la espada de S. M. fidelísima. (*El embajador entrega la espada, y Florencio la coloca á los pies de Ango.*) Descubríos, y de rodillas pedid gracia y perdon, ó juro por Dios vivo que Juan III tendrá que buscar un palacio muy lejos de Lisboa.

Embaj. Mi rodilla solo se dobla en presencia de un soberano.

Ango. (*Con orgullo.*) Y mi escuadra no puede tanto como la de un rey ó la de un emperador? ¿No estoy sentado en un trono? ¿no me rodea una corte? Vuestra dignidad no desmerecerá en nada; arrodillaos, pues, si quereis evitar á vuestra nacion el trabajo de reedificar su capital. (*El embajador, despues de haber consultado con su comitiva, se descubre y se arrodilla.*)

Embaj. (*En voz baja.*) En nombre de mi soberano, os pido gracia y perdon.

Ango. Se levantará el bloqueo. Florencio, devuelve la espada al embajador.

Her. Notables de la ciudad, os anunciamos que, mediante el perdon concedido por Ango, se firmará un tratado de paz y de alianza entre la Francia y el Portugal. El rey nuestro señor vendrá á rubricarle en este palacio, si su amo se digna recibirle en él.

Todos. Viva el rey!

Ango. (*Mordiéndose los labios.*) (El rey en mi casa, el rey aqui.... quiero complacerle.)

Furst. (*A Ango.*) Qué contestais?

Ango. (*A Leonardo.*) Cuándo quedará concluida esta galería?

Leon. Dentro de quince dias.

Ango. (*Al heraldo.*) Pues dentro de quince dias recibiré á S. M. el rey de Francia.

Furst. (*Con alegría.*) (Conseguí lo que deseaba!)

ACTO CUARTO.

El castillo de Ango en Varengeville. (Quince dias despues.)—La galería del tercer acto soberbiamente acabada, con el fresco que representa la escena del embajador de Portugal. A la derecha una puertecita con vidrios de colores.

ESCENA PRIMERA.

FURSTEMBERG *solo, entrando precipitadamente.*

Llegó por fin el rey, y el momento de mi venganza... Te salvaste en Madrid, Francisco I, pero de esta casa no saldrás con vida.... Ango tembló de rabia á su aspecto, y sus contraidos labios no pudieron pronunciar las palabras de felicitacion que el monarca esperaba.... Hácia aqui se dirige.... Haré los honores de Varengeville, como me encargó su dueño.

ESCENA II.

FURSTEMBERG.—EL REY.—*Acompañamiento.*

Rey. Sorprendido y avergonzado estoy del lujo y magnificencia que en mi recibimiento desplegó Ango.
Furst. Le creo bastante rico para comprar un trono.
Rey. Un trono!
Furst. Se sentó ya en él. (*Señalando el fresco que representa la escena del embajador.*) Mirad.—Estoy por asegurar que el oro será algun dia el único poder humano, que todos los derechos podrán comprarse; que todos los magistrados, los nobles y los sacerdotes no tendrán mas móvil que el interes. Los hombres elegirán entonces por rey al que mas tesoros reuna; las coronas y los pueblos serán objetos de comercio, y se venderán públicamente en el merca-

do del mundo, como se venden las mugeres en la corte.

Rey. (*Sin apartar la vista del cuadro.*) Un embajador á los pies de un marinero!

Furst. Ese marinero, señor, es el ídolo del pueblo; y los que le odian le temen.

Rey. Y yo le desprecié y le califiqué de loco!... Ese gigante me pareció un enano.... Creí que el rio era un arroyo, porque habia salido de madre. Para mirar á ese hombre á la cara es preciso que me levante; su genio me hace sombra, y Francisco I no está seguro en casa de Ango; el mercader no habrá olvidado la injuria que el rey le hizo.

Furst. La olvidó, sí señor; pero ha recibido otra que felizmente ignora, porque jamas la perdonaria.

Rey. Esplicaos. (*A su comitiva.*) En el baile nos reuniremos. (*Vase la comitiva.*)

Furst. (*Con aire sombrío.*) V. M. lleva luto un dia por sus queridas; pero el esposo llora toda su vida el honor y el amor que el rey le arrebató.... Cuatro ó cinco meses hace que asistió al baile del palacio de Tournelles una jóven que V. M. y yo conocimos en nuestra Señora.

Rey. María de Estouteville, una criatura angelical, sublime, encantadora.... Dónde está?... Por una mirada suya daria todas mis queridas presentes.

Furst. De cuando acá tan consecuente?

Rey. Estaba loco por ella; la tuve tres meses en mi poder, hasta que un dia desapareció, y.... pero qué significa ese gesto?

Furst. No sabeis, señor, que María de Estouteville es la esposa de Ango?

Rey. Su esposa!... su esposa!... Graciosa es la aventura! (*Riéndose á carcajadas.*) Ya me voy reconciliando con ese pobre diablo.... Su esposa!... no lo sabia.... puede que María me lo haya dicho alguna vez.... En efecto.... ya recuerdo.... Y dónde está?

Furst. Hoy hace quince dias la ví en esta misma habitacion; desde entonces ha vivido muy retirada; pero esta noche es regular que asista al baile.

Rey. (*Pensativo.*) Tal vez lo habrá revelado todo á su marido.

Furst. Si hubiese hablado.... ya lo sabriais.

Rey. Quién me lo hubiera dicho?

Furst. Ango. (*El rey hace un movimiento de sorpresa.*) Nada temais: os ha recibido como fiel vasallo, y no como marido ultrajado. Ha sido educado muy lejos de la corte, y por consiguiente no manifiesta lo contrario de lo que siente.... Podeis estar tranquilo.

Rey. Sin embargo, quiero saber si conoce la causa que separó de él á su esposa por espacio de cuatro meses.

Furst. Está persuadido de que no fue otra que la enfermedad de su anciana tia.

Rey. Sondead, con todo, su corazon: si su alma abrigase la mas leve sospecha, mandaria que le prendiesen al momento.

Furst. Sereis obedecido.

Rey. Vamos á buscar á nuestros amigos. ¿Nada quedará por ver hácia este lado?

Furst. (*Señalando la puerta vidriera.*) Sí, señor; esa habitacion que encerrará sin duda algun tesoro, segun infiero por lo que he visto.

Rey. Qué habeis visto?

Furst. Que solo Ango entra en ella, y que á nadie confia la llave.

Rey. Qué será?

Furst. Preparativos de defensa, armas tal vez.... Esta puerta comunica con la torre del Este que está muy bien fortificada.

Rey. Armas dijiste! quiero averiguarlo.... se lo diré á Ango.

Furst. Reflexionad lo que vais á hacer; porque si llegara á sospechar que desconfiais de él, conoceria lo que puede, y tal vez recordaria el agravio que le hicisteis en Paris. Si me hallara en vuestro lugar....

Rey. Qué haríais?

Furst. Un rey puede cuanto quiere.

Rey. Esplicaos.

Furst. (*Con misterio.*) Creo que se trata de alguna traicion.

Rey. Seguramente.

Furs. (*Con mas misterio.*) He logrado hacerme con una llave de ese arsenal.

Rey. Dádmela.—Gracias.... Quién viene?

Furst. Nadie.

Rey. (*Abre la puerta, se ve un reclinatorio, y arrodillada delante de él á una muger ricamente vestida.*) Una muger!

Furst. Es ella! Entrad, entrad; yo me quedaré en acecho.... pronto, pronto. (*Vase.*)

ESCENA III.

EL REY.—MARÍA.

María. (*En el oratorio: se levanta al oir el ruido.*)— ¿Quién va?... nadie responde. (*Da un paso.*) Eres tú, Florencio? (*Sigue andando.*) ¿Sois vos, Ango? (*Ve al rey.*) El rey!... perdida soy! Salvadme, salvadme, Dios mio! (*Quiere entrar en el oratorio.*)

Rey. (*Deteniéndola.*) Huyes de mí, cuando tanto tiempo hace que no nos vemos? En dos meses no he cesado de llorarte, de llamarte.... por do quier te he buscado, y tú me has olvidado! Oh, María! (*Quiere abrazarla.*)

María. (*Soltándose y retrocediendo.*) No me toqueis, señor; no os acerqueis á mí! Acordaos de que no estais en Chambord, que estais en Várengeville. Aqui reina Ango, y no vos; soy su prisionera, y no vuestra querida.

Rey. Pero estás mas interesante, mas hermosa.... Su prisionera, y por causa mia!... Oh! á mí toca arrancarte de tus cadenas; á mí solo, oyes?... Lo quiero, y basta.

María. En este palacio solo hay una voz que pueda decir: *lo quiero*, y esa voz no es la vuestra. Nadie os obedeceria.

Rey. María!

María. Retiraos, señor; no me hableis, no me mireis; compadeceos de vuestra víctima.

Rey. Te amo, y es preciso que te saque de esta prision.

María. Ango me perdona. Esta mañana me regaló este aderezo, y me mandó á decir que me vistiese para un sarao; siendo asi que desde que regresé, no he salido de mi habitacion. Le estoy aguardando: va

á venir de un momento á otro; cuando abristeis la puerta creí que era él. Oh! no me mireis asi, dejadme en mi arrepentimiento; no me arrebateis la esperanza de aplacar á ese hombre, dechado de honradez y generosidad. Cesó ya toda relacion entre el rey y la pobre María.

Rey. Y has creido que te perdona? Insensata! Quiere presentarte en el sarao, porque todos saben que estás en Diepa, porque si viesen tu asiento desocupado, todos le preguntarian por tí. Pero esta noche, despojada de tus adornos, y cubierta con tu mortaja, volverás á la tumba que mi amor te abrió.

María. Dios mio!

Rey. Nunca, nunca te perdonará; y juro por mi corona que no te dejaré en poder de tu juez inexorable, y no permitiré tampoco que esta puerta caiga otra vez sobre tí como la cubierta de un ataud.

María. (*Inmóvil.*) Y he de esperar la muerte en aquella triste y sombría torre!

Rey. No, María: confia en tu rey, en tu amigo, en tu amante! Esta noche, despues del baile.... á las doce... estaré al pie de esa ventana.

María. Antes la muerte! dejadme.

Rey. (*Tomándole la mano.*) Segun veo, nunca me amaste.... Pero esa sortija es la mia!... Ah! no me has olvidado.... y permitirás que te salve. (*Ruido.*) Pronto! contesta, habla!

María. (Qué haré? qué le diré?)

Rey. No respondes?.. pues bien; aqui aguardo á tu esposo.

María. Pasos suenan... alguien viene... Huid, huid, ó sois perdido.

Rey. Aqui le aguardo.

María. Yo!

Rey. Accedes á lo que te propuse?... A las doce, un esquife, al pie de la torre.... tú me esperas: contesta, ó me quedo!

María. Bien. (*Hace una seña afirmativa.*) Retiraos; si os viese aqui....

Rey. A las doce!

María. Qué hice, Dios mio! (*Va á entrar en el oratorio. Ango sale de él. Furstemberg se queda á la puerta con el puñal de Ango en la mano.*)

ESCENA IV.

MARÍA.—ANGO.—FURSTEMBERG.

Ango (*Ricamente vestido, coge bruscamente á su muger de la mano; la conduce al lado opuesto, y la obliga á que se siente en un sillon.* No faltareis á la cita. (*A Furstemberg.*) Conde de Furstemberg (*este se acerca á Ango*); la semejanza de nuestras penas ha establecido plena confianza entre ambos; me abristeis vuestro corazon y leisteis en el mio; conocisteis mis secretos y me confiasteis los vuestros.... el mismo odio nos anima, y del mismo hombre queremos vengarnos; pero nunca os pregunté qué clase de castigo impusisteis á vuestra adúltera esposa. (*A María que quiere levantarse.*) No os levanteis; escuchad.... (*Al Conde.*) Qué fue de ella?

Furst. Murió.

Ango. Encomendad vuestra alma al Señor.

María. (Soy perdida.)

Ango. Y cómo murió?

Furst. (*Con calma.*) La sorprendí con el rey y previno mi venganza. Tenia una sortija megicana que el emperador me regaló, y al tiempo de morir se la dejó á su real amante.

María. (Tambien me regaló una el rey!)

Furst. (*Con la misma calma.*) Aquella sortija era de diamantes....

Mar. (Si será la misma!)

Furst. Encerraba un veneno.

María. (*Abriendo la sortija.*) (Aun queda....)

Furst. Un veneno terrible que vengó al esposo ultrajado.

María. (Un veneno terrible!)

Ango. Ya oís.... que vengó al esposo ultrajado!

María. (Quedareis vengado!) (*Quiere entrar en el oratorio.*)

Ango. (*Deteniéndola.*) Un momento. Esta noche Francisco I cenará en mi mesa, y es justo que vos participeis de este honor; pero estareis sentada á mi lado, á mi lado.... A la menor seña, á la menor palabra que medie entre vos y el rey os mato á ambos;

y lo juro por mi madre.... Conde, podeis ya devolverme el puñal! (*Recobra el puñal.*)

Furst. S. M. sospecha algo.... mirad bien lo que haceis.

Ango. Mi semblante será como mi voluntad, inflexible. (*A dos pages que entran.*) Abrid. (*Abrense las cortinas, y se ve la continuacion de la galería. Mesas cubiertas de oro y de plata, candelabros, &c.*)

ESCENA V.

*Dichos.—*EL REY *y su acompañamiento.—Artistas, heraldos, caballeros de Diepa, damas,* FLORENCIO, *marineros, guardias del rey, guardias de Ango.—Coro y baile de marineros.*

Rey. (*Despues del baile.*) Brindo por nuestro huésped, que nos ha dado una fiesta magnífica.

Ango. (*Observando á su esposa y al rey.*) (Y que nada cuesta al pueblo.)

Rey. (*Levantándose de la mesa.*) Por la eterna prosperidad de Ango! (*Bebe.*)

Todos. Por la eterna prosperidad de Ango! (*Beben; todos, escepto María, abandonan las mesas y bajan al proscenio.*)

Ango. (Mucha es su impaciencia.) (*A Florencio.*) Marcha á colocarte con tu esquife al descenso de la torre de Este. Un hombre te suplicará que le conduzcas al pie de ella; tú obedecerás en silencio y amarrarás el esquife.

Flor. Sereis obedecido. (*Vase.*)

Rey. (*A Ango, señalando á María que está sola en la mesa.*) Nuestra amable castellana abrirá el baile conmigo.

Ango. (*Con viveza.*) Perdonad, señor.... (*Acercándose á María.*) Dadme la mano.

Rey. (*Saca una señora á bailar, se dirige al foro.—A María.*) Concluida la primera contradanza, abandonaré el baile.

Ango. (*A María.*) Cuando el rey se retire, nos retiraremos nosotros.... No olvideis mientras tanto que estoy observando á los dos con el puñal en la mano. (*Otra vez empieza el coro. Todos siguen á Ango y al rey al baile.*)

ACTO QUINTO.

Alcoba en el castillo de Varengeville. En el foro cama colgada; las cortinas estan corridas y ocultan una lámpara encendida. Ventana al lado de la cama; puertas á derecha é izquierda. Toda clase de armas encima de una mesa. El teatro está á oscuras.

ESCENA PRIMERA.

ANGO *solo, con el mismo trage que en el primer acto, aparece sentado en un camapé.—Oyese la música de un baile.*

Bailad, cortesanos; aprovechad los momentos, porque dentro de diez minutos la corte se vestirá de luto.... Cuánto tarda en llegar la hora fatal.... Mi sangre fermenta con violencia, y temo morir sin satisfacer mi venganza.... Todo está ya dispuesto; el esquife al pie de esa ventana; encima de esa mesa las armas.... Oh! si con el deseo pudiera atraer al rey, rato hace que hubiera bebido su sangre.—Testigo sois, Dios mio, de que perdoné la primera injuria; pero han venido á renovarla en mi presencia, á deshonrarme en mi propia casa.... y ella, ella, á quien tanto amaba!... Oh! encontramos en el camino á un infame poderoso, tropezamos al pasar en un trono, y quedó destruida nuestra felicidad y manchado nuestro honor.... Maldecir debia la hora en que te conocí, María, y llorar.... No; Ango no llora ni se enternece. (*Se levanta.*) Genio celeste ó infernal, que me inspiraste la idea que aqui me ata, no me abandones, reanima mis fuerzas, enardece mi sangre, deten el llanto en mis ojos. (*Da el reloj las doce.*) Llegó la hora.... Las doce.... y no viene! Por qué tardará tanto? (*Va á la ventana que estará abierta.*)

Se hace desear como todos los amantes felices; si no la hubiera poseido, habria sido mas puntual á la cita!... quizas no venga!... Si tal supiera, iria á buscarle y le atravesaria el corazon, aunque le rodearan sus cortesanos. Mi alma solo abriga odio; nada amo en la tierra, y vivo únicamente para vengar mi afrenta..... porque á nadie interesa mi honor, á nadie puede ser útil mi venganza mas que á mí.... Despues de muerto, volverá mi nombre á la nada, y llegará dia en que quizas se dude de que existió un hombre llamado Ango... Me parece... (*Vuelve á la ventana.*) No me engañé.... es él! el amante de María.... (*Suena un trueno, el viento silva.*) Cielos! proteged su esquife... Ya llegó á la orilla.... salta á tierra.... prepara una escala de cuerda. (*Oyese un ruido de un gancho que cae en la alcoba.*) Buen tino. La sujetaré para que no se caiga. (*Ata la escala.*) La vida del monarca pende de un hilo; si le cortase!... No: tan galan caballero debe asistir á la cita.

ESCENA II.

ANGO.—*El* REY *entra por la ventana.*

Rey. (*Saltando en la alcoba.*) A duras penas llegué.
Ango. (*Cortando la escala.*) (Ya no puede escapar.)
Rey. María!
Ango. (Dueño soy de su vida.)
Rey. María! María! no me oyes? no estás aqui?
Ango. Hace rato que te espera, es mas de media noche; como has tardado tanto, se ha quedado dormida.... Ven, ven á despertarla. (*Arrastra al rey á la cama y se ve el cadáver de María.*)
Rey. (*Retrocediendo.*) Muerta!
Ango. Sí, muerta!... Se ha envenenado!
Rey. Qué horror!
Ango. Y ahora te toca á tí morir!
Rey. Quién eres tú, para amenazarme asi?
Ango. Tu huésped, tu enemigo, tu bufon; qué sé yo. —Soy el marido de tu amada, y aspiro á ser su vengador.
Rey. Cómo te atreves á tu rey?...
Ango. A mi rey le recibí en mi casa con el respeto de-

bido á su persona; mi rey bailaba hace un momento en el sarao, que para obsequiarle, daba su vasallo de Diepa, y estaba seguro rodeado de sus guardias y de los cortesanos. Por qué, pues, Francisco I entra de noche por la ventana en la alcoba de Ango, como si fuera un ladron ó un asesino? Esta alcoba es el antro del leon; desgraciado del que penetre en él. Aqui no hay ni vasallo, ni rey; hay dos hombres que se batirán con armas iguales por la misma muger.

Rey. Un duelo por una muger muerta!

Ango. Ah! no merece que te batas por ella, cuando ella ha muerto por tí?—Eres su asesino!

Rey. Yo?

Ango. Tú! Se envenenó con la sortija que le regalaste, y que ya en otra ocasion habia servido en Madrid.

Rey. Cielos!

Ango. Un soberano no desenvaina el acero por tan poca cosa!... Qué es á un rey una muger muerta?... Lo que á un niño un juguete roto. (*Dirigiéndose á María.*) Y tú, ángel, que me hiciste entrever el paraiso; y tú, demonio, que me sumergiste en el infierno, mira al hombre por quien me abandonaste... Ah! si pudieras verle, si pudieras oirle.... para qué queria yo mas venganza?

Rey. (El aire que aqui se respira me ahoga.) (*Va á la ventana, y ve que la escala ha sido cortada.*) Soy perdido!

Ango. (*Al rey.*) En vano intentais escaparos. (*Se le acerca.*)

Rey. Atrás, atrás te digo.

Ango. Dejad á un lado ese tono imperioso, y recoged mi guante.

Rey. Yo no puedo medir mis armas con las de un marinero.

Ango. El marinero Ango bloqueó á un soberano en su capital porque le quemaron un buque.... y te dejaria á tí con vida, cuando te tiene en su propia casa, y cuando le has arrebatado felicidad y honra?.. Oh! no, no.

Rey. En otras ocasiones y en otros sitios he dado pruebas de valor.... No me batiré.

Ango. Que no te batirás? (*Avanza hácia el rey con puñal en mano.*)

Rey. (*Con espanto.*) Una espada! una espada!

Ango. Gracias! gracias!... No me veré en la necesidad de asesinarte. (*Toma dos espadas de las que estan encima de la mesa.*) Elige.... El combate es leal.... iguales las armas.... un cadáver mi testigo, un remordimiento el tuyo.

Rey. Un remordimiento!... Me estremezco, y no es de miedo! (*Toma la espada, y apenas puede sostenerla.*) Ese crímen...! esa muger!...

Ango. Defiéndete!

Rey. Un remordimiento!... No puedo. (*Vacila.*)

Ango. Huyes, infame?

Rey. Socorro!... Ah! (*Cae desmayado.*)

Ango. Sabe que no se hiere á un enemigo humillado; esta arma es inútil. (*Tira la espada.*) Eres valiente; lo has probado en los torneos, en las batallas, en presencia de las damas y de los héroes cuando el sol alumbra, cuando el clarin suena, cuando las mugeres aplauden y cuando cien mil combatientes gritan: viva el rey! Pero aqui, en medio de las tinieblas de la noche, frente á frente de un hombre, sin aplausos y sin armadura, eres cobarde, eres vil!... ¡¡¡Todo se perdió, hasta el honor!!! ¡¡¡Hasta el honor!!! Este arcabuz dará la señal de su afrenta, y su afrenta será mi venganza.... La esplosion atraerá á los cortesanos á este espectáculo del valor real. (*Se asoma á la ventana y dispara el arcabuz. La música cesa.*) Este es el segundo soberano que el marinero perdona. (*En voz alta, abriendo todas las puertas.*) Venid, esclavos, venid á socorrer á vuestro señor!

ESCENA III.

Dichos.—FURSTEMBERG.—LEONARDO DE VINCY.—PARÉ.—*Artistas, cortesanos, criados con candelabros.*

Furst. Le ha muerto!

Ango. Levantad á vuestro gran rey, volvedle á la vida si podeis: para matar á esa muger ha sido necesario un veneno: para derribar á mis pies á Francisco I,

bastó que le mirase á la cara.... Gloria al vencedor de Mariñan.

Furst. (*A una seña de Paré.*) (Desmayado tan solo!)

Ango. Paso, cortesanos.

Furst. A dónde vais?

Ango. A morir. (*Quita la sortija del dedo de María, y se la da á Furstemberg.*) Esta sortija os pertenece, tomadla; conoceis su virtud..... nada mas os digo.... (*Volviéndose con la espada en la mano.*) Paso, cortesanos.... (*Sube á la ventana.*) Florencio, Florencio, ruega por ella y por mí! (*Se precipita.*)